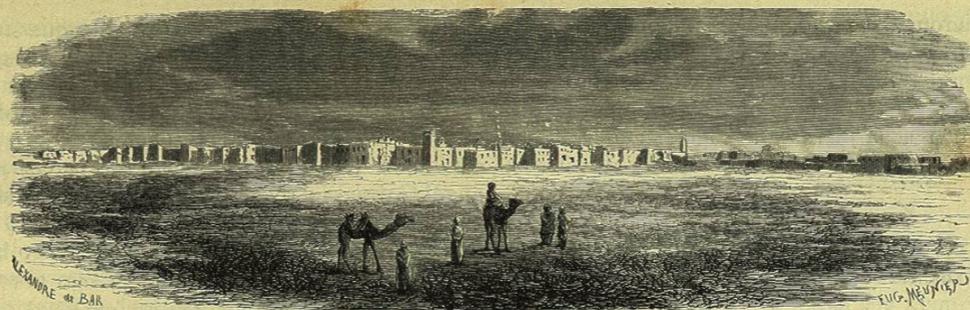
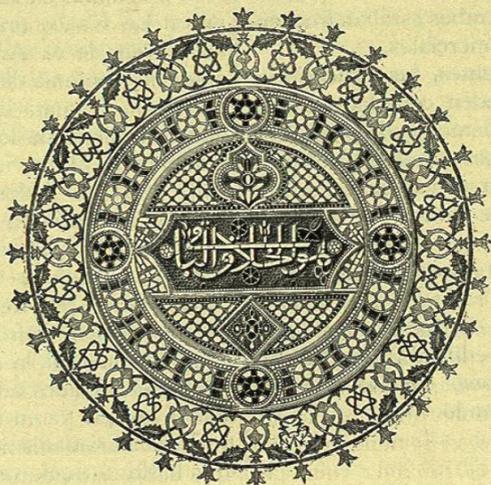


adoradores de aquellos dioses hablaban la misma lengua. Había llegado el momento en que todos los Arabes podían unirse en una sola creencia. Así lo comprendió Mahoma, y esto le dió toda la fuerza que tuvo. Lejos de pensar en fundar un culto nuevo, según á veces se repite, se concretó á predicar que el único Dios verdadero era el del fundador de la Kaaba que toda la Arabia veneraba, es decir, el Dios de Abraham.

Cuando Mahoma apareció manifestábase por medio de señales numerosas una tendencia general á la unidad política y religiosa. El mismo movimiento que en otra época se había producido contra las divinidades paganas, en tiempo de los emperadores romanos, aparecía de igual modo en Arabia. Las antiguas creencias perdían su imperio, y los ídolos su prestigio, porque unas y otros eran demasiado viejos, y los dioses sobre todo no deben nunca envejecer.



LIBRO SEGUNDO

ORÍGENES DEL PODER DE LOS ÁRABES

CAPITULO PRIMERO

MAHOMA.—NACIMIENTO DEL IMPERIO ÁRABE

I

LA JUVENTUD DE MAHOMA

El 27 de agosto del año 570 de la era cristiana nació Mahoma en la Meca. Su padre Abdallah, fallecido dos meses antes de este suceso, fué hijo de uno de los pontífices del célebre templo de la Kaaba, y su madre Amina era hija de un jefe de tribu.

Como los Arabes se han complacido en acompañar de prodigios el nacimiento de su grande hombre, nos dicen que el mundo se conmovió con la aparición del futuro profeta; que el fuego sagrado se apagó en el país de los Magos; que los genios del mal cayeron precipitados de lo alto de las estrellas, y que catorce torres del palacio de Cosroes, «rey de los reyes,» se hundieron con estrépito para anunciar la próxima ruina del gigantesco imperio de los Persas.

Mahoma fué primero amamantado por su madre, y después, siguiendo una costumbre que todavía hoy no se ha extinguido, colocado en una tribu nómada del desierto, donde no permaneció más que hasta la edad de tres años, porque, según la tradición, asustados sus padres adoptivos de los prodigios que lo rodeaban, no quisieron tenerlo más tiempo á su lado.

Apenas salía de la primera infancia cuando su madre murió, dejándolo al cuidado de su abuelo Abd-el-Mottatib, que lo crió regaladamente.

Pero los genios bienhechores que debían proteger tanto á Mahoma, parecían complacer-

se en acumular sobre sus primeros años todas las desgracias que generalmente acaecen durante toda la vida, pues su abuelo murió dos años después de Amina, y recogido por un tío suyo, que era un comerciante que siempre viajaba, Mahoma no tuvo luego más protector que á sí mismo.

Cuenta la tradición que durante uno de sus viajes á Siria, el tío del futuro profeta se lo llevó consigo, y que Mahoma conoció entonces en un monasterio cristiano de Bosra á un fraile nestoriano que lo inició en el conocimiento del Antiguo Testamento.

A la edad de 20 años, poco más ó menos, Mahoma tomó parte en un combate que ocurrió entre los Koreischitas y otra tribu, asegurándose que reveló en él los talentos militares que debía manifestar más adelante.

Su reputación era excelente y su benevolencia y sinceridad le habían granjeado entre los Koreischitas el sobrenombre de Amín, es decir, fiel.

Unida sin duda esta reputación á las prendas físicas que poseía, le valieron á la edad de 25 años la simpatía de una rica viuda llamada Khadidja, que le encomendó sus negocios comerciales. Con esto tuvo que volver á Siria y pudo ver de nuevo al fraile que le había enseñado el Antiguo Testamento. Al regreso, casóse con la rica viuda, á pesar de tener ella 40 años y él tan sólo 25: esta fué su primera mujer, y no tomó otra mientras ella vivió.

Nada dice la crónica de los quince años que

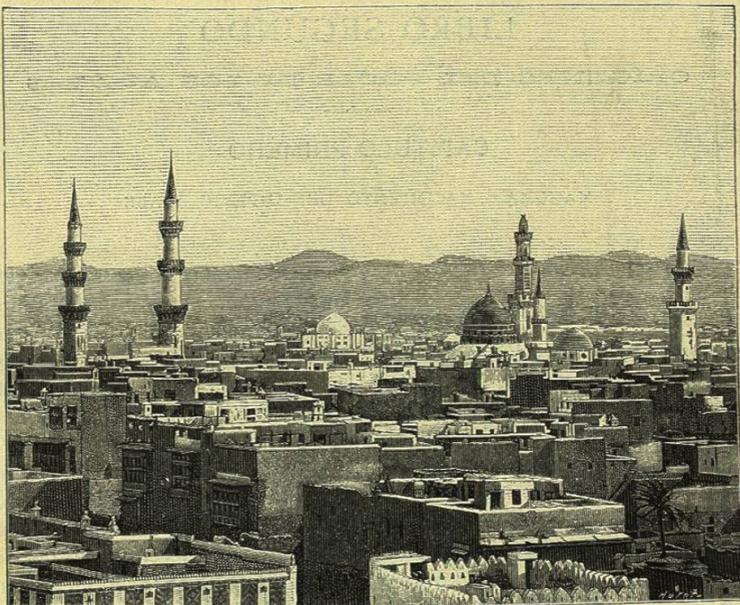
siguieron al primer matrimonio de Mahoma; suponiéndose, bien que muy gratuitamente, que elaboraba los dogmas de la futura religión de que fué jefe. Sin embargo, no manifestaba ninguna repugnancia en aceptar el culto nacional, ni nada indica que pensase en derribarlo.

II

PREDICACIONES DE MAHOMA

Cuarenta años tenía ya Mahoma cuando por la primera vez habló de su misión; pues al vol-

ver de uno de los retiros espirituales que solía hacer en el monte Harra, á tres millas de la Meca, fué á ver á su mujer Khadidja con el rostro trastornado, y le habló de este modo, según los historiadores árabes: «Vagaba yo esta noche por la montaña, cuando la voz del ángel Gabriel ha resonado en mis oídos diciéndome: En nombre del Señor que ha criado al hombre, y que viene á enseñar al género humano lo que no sabe, Mahoma, tú eres el profeta de Dios, y yo soy Gabriel.—Tales han



Vista de Medina.—De fotografía

sido las palabras divinas, y desde este momento he sentido dentro de mí la fuerza profética.»

Como mujer dócil, Khadidja no vaciló en creer en la misión profética de su esposo, y fué á informar de ello á uno de sus primos, llamado Waraka, que era tenido por hombre muy instruido; el cual declaró que si Mahoma decía la verdad, había visto aparecer al mismo ángel que antiguamente se había aparecido á Moisés, y que estaba destinado á ser el profeta y legislador de los Arabes.

Satisfecho de este apoyo, Mahoma manifestó su alegría dando siete vueltas á la Kaaba, después de lo cual entró en su casa. Desde esta época las revelaciones no cesaron ya, según Abulfeda.

Durante tres años Mahoma no predicó sino

delante de sus parientes inmediatos: gente generalmente de influjo por la edad y posición.

Cuando estuvo bien seguro de su concurso, anunció públicamente su misión, y empezó á combatir el politeísmo, cuya sede era, según hemos dicho, el templo de la Kaaba, asilo sagrado de todos los dioses de la Arabia.

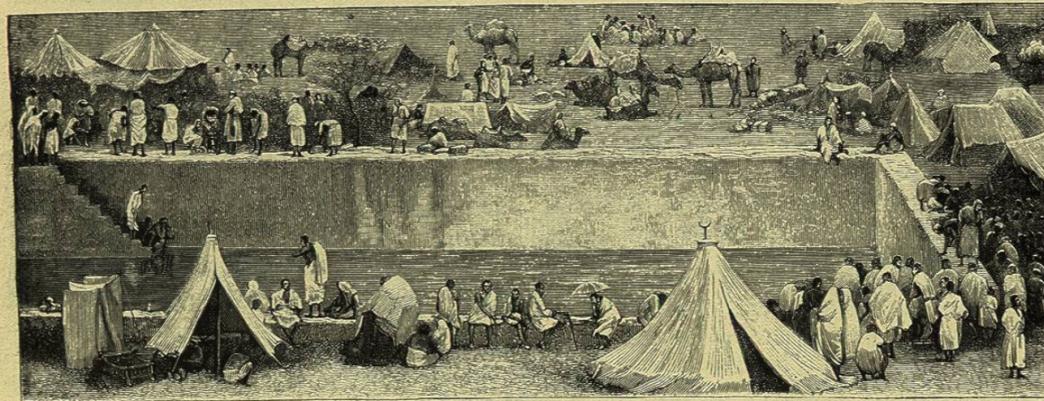
Las primeras tentativas del profeta no fueron afortunadas, teniendo por único resultado ponerlo en ridículo. Pero los Koreischitas, guardianes de la Kaaba, de la burla pasaron luego al furor, llegando á amenazar de muerte á Mahoma y á sus partidarios.

Mahoma no se dejó amedrentar por estas primeras dificultades, y, según Abulfeda, dijo que aunque sus enemigos llegasen á «colocar el sol á su derecha y la luna á su izquierda,» él no renunciaría á su misión.

Tuvieron mucho tiempo intención los Koreischitas de venir á las manos con el profeta, pero como, según las costumbres árabes, todos los individuos de una familia estaban obligados á protegerse mutuamente, tocar á Mahoma era exponerse á infalibles represalias por parte de sus numerosos parientes.

Mahoma pudo, pues, continuar durante algún tiempo sus predicaciones y hacer algunos otros prosélitos, sin ser molestado. Pero como los recién convertidos no tenían la misma protección que su maestro, debieron luego emigrar á Abisinia.

Aseguran los historiadores árabes que cuando el rey de Abisinia les interrogó acerca de la nueva religión, Djafa, primo de Mahoma, le contestó: «Estábamos nosotros sumidos en las tinieblas de la ignorancia; adorábamos á los ídolos, y entregados á nuestras pasiones, no conocíamos otra ley que la del más fuerte, cuando Dios ha suscitado entre nosotros á un hombre de nuestra raza, ilustre por su nacimiento, y estimado tiempo hacía por sus virtudes. Este apóstol nos ha enseñado á profesar la unidad de Dios, á desechar las supersticiones de nuestros padres, y á despreciar las divinidades de



Abluciones en el pozo sagrado de Zemzem durante la peregrinación á la Meca.—De fotografía

madera y piedra: nos ha ordenado huir del vicio, ser sinceros en nuestras palabras, fieles en nuestros contratos y afectuosos y benévulos con nuestros parientes y vecinos. Nos ha prohibido atacar el honor de las mujeres, nos ha recomendado el ayuno, la oración y la limosna; y nosotros hemos creído en su misión y aceptado los dogmas y la moral que nos traía de parte de Dios.»

Mahoma sufría todas las persecuciones con mucha dulzura, y su arrebatadora elocuencia le atraía cotidianamente nuevos discípulos; pero deseoso de tener un poco de tranquilidad, se retiró á casa de su tío Abu Taleb, personaje muy influyente.

Diez años había que Mahoma predicaba su doctrina, y tenía ya cincuenta de edad cuando sufrió dos pérdidas de mucha importancia para él: la primera la muerte del tío que le protegía, y la otra el fallecimiento de su mujer Khadidja, cuyos parientes tenían también mucha influencia.

No pudiendo resistir solo á sus enemigos,

Mahoma se marchó de la Meca, dirigiéndose á Taief, ciudad vecina. Pero cuando se presentó á los habitantes de esta ciudad para defender la verdad de su misión, no quisieron escucharle, y tuvo que salir de ella.

Una circunstancia particular inclinó al fin en favor de Mahoma aquella fortuna que hasta entonces le había sonreído tan poco. Aprovechando la peregrinación anual á la Meca, había predicado su doctrina á unas tribus del Yemen, las cuales estaban celosas de los habitantes de aquella ciudad, y, según sus tradiciones, debían esperar un profeta. Seducidas por su palabra, no vacilaron en creer que era el profeta esperado, y hablaron de él con entusiasmo á los habitantes de Yathreb, también muy celosos de la Meca, y muchos de los cuales fueron diputados á Mahoma para enterarse de las particularidades de su doctrina. Nada más sencillo y claro que esta: creer en un Dios único y en otra vida donde los malos serán castigados y los buenos recompensados; obedecer absolutamente á la voluntad de Dios; rezar por la ma-